

DP66  
C36  
V. 1

Es propiedad.

Á S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA VICTORIA.

SEÑORA:

*Hace algun tiempo dimos principio á la publicacion de la HISTORIA DE ESPAÑA, mas ganosos de legar á nuestra patria un monumento, hijo de nuestro afecto hácia ella, que del lucro que pudiéramos obtener.*

*La revolucion iniciada en nuestro pais al poco tiempo de comenzada la publicacion vino á suspenderla, pues sabido es que en esas grandes commociones populares están mas ávidos los espíritus, exaltados, de obras de actualidad y de momentáneo interés, que de libros que encierren útiles y necesarias enseñanzas.*

*Dolíamos ver defraudada nuestra esperanza y destruida nuestra ilusion, cuando la decision de las Cortes nos anunció la venida de una Reina, ilustrada y digna, á ocupar el trono español.*

*Con doble aliento, con nueva fe reanudamos nuestras interrumpidas tareas, y acudimos solícitos á depositarlas á los piés de V. M.*

*Señora: bajo el cielo de Italia se respira el amor y la poesia; bajo el cielo español se encierra la galanteria y la lealtad, el valor caballeresco y el supremo heroismo.*

*A la noble dama rendimos homenaje dedicándole un libro, débil muestra de nuestro afecto. A la Reina entregamos la historia de nuestras glorias patrias, de esas glorias que hicieron de la España, en pasados tiempos, la nacion temida y envidiada de la Europa.*

*El valor material de nuestro don importa muy poco; su valor moral es inapreciable, porque representa la sincera expresion del cariño y del respeto.*

*Si V. M. se digna aceptarlo, quedarán cumplidamente satisfechas nuestras aspiraciones.*

A L. R. P. DE V. M.

*Eusebio Piérola. — Rafael del Castillo.*

*Juan Serra. — Jaime Basas.*



## PRÓLOGO.

**E**L patriotismo, ese sentimiento innato en el corazón del hombre, el vivo interés que nos inspira cuanto se relaciona con las cosas del país en que nacimos, y la gratitud y veneración que debemos á nuestros antepasados, á falta de otros mas poderosos motivos, bastarian por sí solos para que el hombre se aficionara al estudio de la historia de su patria y buscara en él provechosas enseñanzas y saludables ejemplos.

La lectura de la historia nacional produce en nuestro ánimo el mismo efecto que si ante nuestros ojos se fuera desarrollando un inmenso lienzo, en cuyo fondo aparecieran sucesivamente los hechos, los pueblos, las costumbres, la civilización, los adelantos, etc., de las infinitas generaciones que nos han precedido, desde el mas remoto origen de nuestra patria hasta nuestros días. De modo que la historia, generalmente hablando, puede compararse exactamente á un edificio de colosales é indefinibles proporciones, cuyos cimientos echaron nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, y cuyo remate ó coronamiento no ha de colocarse hasta la consumación de los siglos.

Si un soplo de inmortalidad no animara todas las acciones del hombre, si nuestro pecho no tuviera otros destinos que las miserias y amargas terrenales, no se concebiría la necesidad de la historia, ni ese profundo respeto que nos inspiran las grandezas de nuestros mayores, y cuyo sentimiento, en vez de amortiguarse, parece, por el contrario, robustecerse con la distancia que de ellos nos separa. Si no existiera otra vida donde la virtud debe triunfar eternamente del crimen y la maldad, ¿qué pudieran importarnos, por ejemplo, la magnanimidad de Alejandro, las proezas de Viriato, el valor de César, la sabiduría de Séneca, las crueldades de Tiberio ó el santo heroísmo de Pelayo?

Apagad el fuego de la inmortalidad en las páginas de la humana historia, y esta pierde todo su carácter, dignidad y grandeza; se transforma en un cadáver cuyas heladas cenizas no bastan ya para comunicar una chispa de calor á nuestro pecho, ni para arrancar una frase de aplauso ó de execración de nuestros labios. Hé aquí el punto de vista eminentemente filosófico bajo el cual debemos examinar siempre el inmenso horizonte histórico, si no queremos hallar en él, en vez de luz que guíe nuestros pasos y alumbre nuestra inteligencia, una interminable procesion de fantasmas envueltos en las sombras del mas impenetrable misterio, y caminando sin norte ni dirección por el ancho sendero de las edades. Mas si, por el contrario, colocamos sobre el dilatado campo histórico el luminoso faro de la inmortalidad, entonces se nos disipan las tinieblas, hallamos la razón de la existencia de cada pueblo, de cada raza, de cada tribu, y hasta de cada individuo; nos explicamos perfectamente los multiplicados fenómenos que presenta la humanidad en distintas épocas; podemos conocer sus causas y apreciar sus efectos; vemos claramente á qué punto se dirige, en su peregrinación terrestre, qué móvil la impulsa, á dónde tienden sus aspiraciones y en qué objeto cifra sus esperanzas. En una palabra, sin el lazo inmortal que liga entre sí todos los sucesos humanos, estos no pueden formar ya la cadena de la historia que une á todas las generaciones; y no nos ofrecen por doquiera mas que eslabones rotos y desunidos. No es posible, en este caso; que exista solución de continuidad entre lo pasado, lo presente y lo futuro, círculo de hierro dentro del cual deben girar invariablemente la humanidad, sus hechos y sus destinos.

Por el estudio de la historia el hombre vive en medio de las generaciones pasadas, se familiariza con sus costumbres, establece paralelos, deduce principios, hace aplicaciones, aprende á conocer ese inmenso conjunto de seres racionales, llamado humanidad, y satisface además una necesidad imperiosa de su corazón, que sintiéndose demasiado vasto para vivir en la estrechez de lo presente, se desborda por la región de lo pasado, y recorre con placer sus dilatados horizontes.

Sin embargo, el estudio de la historia, conforme hemos manifestado en el prospecto de la presente obra, suele ser á veces cansado y monótono, sobre todo cuando el lector tropieza con una serie de hechos de parecida ó idéntica naturaleza. Para amenizar, pues, el relato histórico y hacerlo tan agradable como es asequible, creemos que nada es mas á propósito que la novedad que distingue nuestra publicación de las del mismo género que la han precedido hasta hoy. En nuestra historia la parte literaria y la artística se hermanan y completan mutuamente, concurriendo entrambas á un mismo y exclusivo fin, es decir, el de instruir deleitando y moralizando, segun el precepto de un antiguo clásico.

La tarea del historiador es de las mas arduas que quepa imaginarse. En vista de ello, comprendemos muy bien que el ilustre Mariana se lamentara de que entre sus contemporáneos ó antepasados no hubiera en España escritores que consagraran su saber y desvelos al importante ramo literario que nos ocupa. Ahora se nos alcanza lo titánico de la empresa acometida, y llevada admirablemente á cabo por el primero de nuestros historiadores, al escribir su *Historia general de España*.

Por mas que despues de Mariana pueda contar nuestra patria con historiadores tan notables como los Sres. Romey, Ferreras, Lafuente, Ortiz de la Vega, Cortada, etc., siempre tendremos que sus trabajos históricos, por mas



arduos que los supongamos, han podido descansar sobre una base mas ó menos sólida, han encontrado una senda mas ó menos trillada y segura para proceder con algun orden y acierto en sus laboriosas pesquisas é investigaciones. No es eso negarles sus afanes en la compulsacion de manuscritos, sus profundos estudios numismáticos y arqueológicos y su escrupulosidad en el registro de los archivos y documentos, para dar mas amplitud y solidez al edificio de nuestra historia nacional.

Nuestro trabajo, si bien que importante, creemos que no puede compararse con el de algunos de los citados autores, ó acaso con el de ninguno de ellos. Nuestra tarea tiene mas semejanza con la que practica la industriosa abeja al escoger las flores de que debe extraer el melifluido jugo para la elaboracion de sus panales.

La originalidad de nuestra obra consiste, no tanto en la ilacion rigurosa y cronológica de los sucesos, sino principalmente en el estilo, en el modo de referirlos, en la concision que creemos compatible con la índole de nuestra publicacion, en omitir aquellos cuya insignificancia así lo exija, y, finalmente, en descartar en ciertos casos de nuestras páginas la abrumadora balumba de sitios, fechas, hechos y personajes que hemos observado en algunos respetables autores, y que á nuestro juicio solo sirven á veces de mayor confusión y embrollamiento para la generalidad de los lectores.

Consideramos que las razones expuestas en los dos anteriores párrafos serán mas que suficientes para demostrar que no somos plagarios; y que si se establecen comparaciones entre nuestro trabajo y el de cuantos historiadores ha tenido nuestra patria hasta hoy, se hallarán diferencias harto sensibles para que no pueda quedar oscurecido en nuestra obra el sello de originalidad que la distingue.

Á pesar nuestro, debemos confesar que no son las históricas la clase de obras que merecen nuestra predileccion en el ameno y variado campo de la literatura.

Dotados de una imaginacion fogosa y de un temperamento muy impresionable, las invencibles trabas que impone la historia al que la escribe, se levantan como una barrera insuperable que nuestra exaltada fantasía pugna sin cesar por romper y traspasar.

Además, en esta materia llevamos el escrúpulo acaso demasiado léjos. Hemos observado mas de una vez, especialmente en los primitivos tiempos históricos de nuestra patria, alguna contradiccion entre los varios autores sobre cuyo relato calcamos el nuestro. Así, pues, nosotros en lo vago ó dudoso nos hemos adherido á la opinion de la mayoría, ó á la del autor que nos ha parecido aproximarse mas á la verdad, segun nuestro humilde criterio, y en vista de los datos y pruebas que cada cual aduce para ello.

Desgraciadamente las pasiones, que tuercen y oscurecen los juicios, pueden invadir tambien el campo histórico, resultando de ahí que algunos hechos dignos solo de execracion y vituperio sean á veces ensalzados y colmados de elogios, y que á ciertos personajes se les haga representar el papel de verdugos, cuando solo les corresponde el de víctimas, ó vice versa. Entre los historiadores griegos ó romanos que tratan de las cosas de nuestra patria, ¿no pudiera haber alguno, por ejemplo, que dejándose arrastrar por su orgullo nacional y su desprecio á los enemigos de su país, hubiese dado á ciertos hechos históricos un colorido que no les pertenece?

Por nuestra parte solo aspiramos á ser fieles narradores de lo que han dicho los mas autorizados historiadores españoles, reservándonos, sin embargo, el derecho de emitir nuestra propia opinion, si lo juzgamos necesario, en determinados casos, sea para desvanecer algunos errores ó preocupaciones, sea para ilustrar mas el asunto.

Sin que el espíritu de patriotismo ofusque en este instante nuestra razon, ni guie nuestra pluma (y no haciendo mas que repetir lo que otros han dicho antes y mejor que nosotros), diremos, que si nacion grande é ilustre ha habido en el mundo, es indudablemente España. Ella ha figurado en primera linea en todos los grandes dramas y acontecimientos históricos; el Oriente, el Occidente, el Septentrion y el Mediodía, cuantos países cuenta en su redondez la tierra, han visto ondear sus gloriosos pabellones, experimentado el valor de sus ejércitos, admirado la sabiduría de sus esclarecidos varones y el santo heroismo de sus innumerables mártires.

Bien es verdad que los récios huracanes de la adversidad han combatido con frecuencia la nave de la independencia española, hasta hacerla zozobrar mas de una vez; pero la Providencia ha opuesto siempre, á sus largos períodos de calamidad é infortunio, muchos dias de gloria é inmarcesibles lauros, cuyo esplendor debe llenar de asombro hasta la posteridad mas remota. Si el Guadalete y otros desastres ofrecen á nuestra historia algunas páginas de luto é ignominia, en cambio, el puñado de héroes de Covadonga, la conquista de Mallorca, la toma de Granada, el descubrimiento de las Américas, las victorias de Lepanto y San Quintín, y cien otras esclarecidas hazañas, forman una de las mas grandiosas epopeyas que han presenciado los siglos.

Nosotros, que en edad muy temprana, y á causa de nuestras inveteradas dolencias, recorrimos una buena porcion del globo, hemos visto profunda é indeleblemente grabada en muchas partes la huella de nuestras pasadas grandezas nacionales. Si en el palacio de los vireyes del Perú, y en los magníficos templos, edificios y monumentos diseminados sobre el suelo de las repúblicas hispano-americanas, todavía palpitan las frias cenizas de lo pasado, y se perciben algunos reflejos de aquel sol sin ocaso de la antigua monarquía española. Siéntese allí aun, que algunos siglos de decadencia no han podido borrar enteramente con su paso los restos de aquel poderío sin rival, cuyo enorme peso sujetaba entrambos hemisferios, é imponia leyes y respeto á tantos pueblos y naciones.



LA TORRE DE BABEL.